

LA REPORTERA Y EL SANTO

PRÓLOGO DE SERGIO SARMIENTO

Mi primer recuerdo de Hannia Novell procede de los años noventa. Ella era una joven reportera de un programa de nota roja llamado *Ciudad desnuda*. Yo, el vicepresidente de noticias de TV Azteca que había impulsado ese polémico programa.

Una tarde vi en la pantalla a una atractiva chica perseguir con un micrófono en la mano a un hombre que había tratado de asaltar un camión de carga en una carretera. Un camarógrafo se esforzaba por mantener el paso de la reportera. La policía había sido advertida del asalto y perseguía también al delincuente. Cuando éste fue atrapado e inmovilizado en el suelo, la reportera llegó jadeante con su micrófono y, sin dudarle un momento, empezó a entrevistarle. Hannia Novell entró en mi vida así, con un gran impacto.

La nota era un ejemplo de cómo hacer un reportaje de televisión, con movimiento y entusiasmo, con imagen oportuna e inteligencia, con mucha valentía. El programa pronto dejó de salir al aire pero no por falta de público, ya que

tenía una vasta audiencia, sino por el hecho de que las televisoras llegaron a un acuerdo con el gobierno para retirar los programas de nota roja.

Mi convicción de que los mejores periodistas surgen de la información policial, sin embargo, se vio ratificada. Hannia era una periodista de enorme valor y talento a la que podía augurársele una brillante carrera. Además tenía una sonrisa maravillosa que hipnotizaba.

Muchos años han pasado desde ese momento en que por primera vez la vi. Los pronósticos resultaron correctos e incluso se quedaron cortos. Se convirtió en una magnífica reportera, de temas muy diversos, y siguió dando muestras de su valentía. Insistió mucho, por ejemplo, hasta que logró ser corresponsal de guerra. La experiencia, me parece, la maduró de una manera importante. Con el tiempo se convirtió en conductora titular del noticiario estelar de Proyecto 40.

No es solamente valiente. Es una reportera meticulosa y profesional. Su trabajo lo hace siempre a la perfección. Por eso el Foro Económico Mundial la reconoció como una *Young Global Leader*, distinción que pocos periodistas han logrado.

Su decisión de ofrecernos *El santo que caminó entre nosotros*, una biografía del Papa Juan Pablo II, con atención especial a sus viajes a México, sorprende por el detalle que surge tanto de una investigación a profundidad como de experiencias personales obtenidas en su trabajo periodístico.

Hannia ofrece una narración que atrapa. Entiende la importancia del detalle. Nos recuerda, por ejemplo, que el Papa Juan Pablo II fue multado en su primera visita a México porque todavía era ilegal vestir hábitos religiosos en lugares públicos. Nos cuenta las diferencias entre el Presidente José

PRÓLOGO

López Portillo y su Secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, en torno a la visita papal. Con esa misma atención evoca esa frase tan mexicana del pontífice en su último adiós a México, cuatro viajes después: “Me voy pero no me voy.”

Hannia Novell aporta en este volumen un recuento bien hecho, como los que siempre ha realizado, pero también lo que parece un tributo personal. Es claro el respeto y la admiración con el que trata la figura de Juan Pablo. Ni siquiera esta periodista ha quedado exenta de la seducción del sacerdote de Cracovia.

A dos décadas de haberla visto por primera vez perseguir a un delincuente con un micrófono en mano, hoy sigo sintiendo una gran admiración por ella, por esa mujer que se ha distinguido tanto en las pantallas, y que nos entrega ahora una cualitativa obra de periodismo escrito. Siempre me ha quedado claro que para ella, el trabajo periodístico es una verdadera vocación. Este retrato del Papa viajero lo demuestra una vez más.



INTRODUCCIÓN

Me propuse seguir los pasos del papa Juan Pablo II para así observar la historia del planeta durante el último siglo desde un punto de vista humano. Desde la perspectiva de un hombre preparado por Dios para ser elegido por la Iglesia.

Reza un antiguo refrán que “solo no eres nadie” y así lo creo. Es por eso que a través de la historia los seres humanos hemos buscado estar o pertenecer a algo, un grupo, una familia, una sociedad, una religión.

Karol Josef Wojtyła, conocido como Juan Pablo II desde su elección al papado en octubre de 1978, no sólo fue testigo de los acontecimientos que determinaron el rumbo de la humanidad, sino que fue actor protagónico en muchos de ellos, al grado de que hoy no puede entenderse al mundo sin su legado.

Nació en Polonia, un país que fue objeto de disputas encarnizadas entre Rusia, Austria y Prusia. En un discurso ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) en París, el 2 de junio de 1980, se

autodefinió como “hijo de una nación que ha vivido las más grandes experiencias de la historia, a la que sus vecinos han condenado a muerte en diversas ocasiones, pero que ha sobrevivido y ha seguido siendo ella misma”.

Era el menor de los tres hijos de un matrimonio humilde. Su niñez fue feliz y normal. Siempre destacó como un excelente alumno; como un deportista nato aficionado al alpinismo, al esquí y al kayak; y como un artista amante del teatro y de la poesía.

En su época universitaria sufrió en carne propia la ocupación nazi y luego la soviética. Fue en ese periodo cuando descubrió su vocación sacerdotal y se entregó a ella, pese al riesgo que implicaba el estudio de la Teología.

Y así inició una carrera meteórica: A los 26 años se ordenó sacerdote; a los 38 fue consagrado obispo; a los 42, arzobispo; y a los 47, cardenal. Fue elegido sucesor de San Pedro cuando tenía 58 años, convirtiéndose en el Papa más joven del siglo XX.

Fue uno de los líderes mundiales más viajeros de la historia. Visitó ciento veintinueve países durante su pontificado y dominó los idiomas italiano, francés, alemán, inglés, español, portugués, ucraniano, ruso, croata, esperanto, griego antiguo y latín, así como su natal polaco.

El gran objetivo de su pontificado fue posicionar a la Iglesia como faro y guía del mundo contemporáneo. Y para ello impulsó una nueva evangelización que ponía especial atención en los marginados y los desfavorecidos; además, fomentó el ecumenismo mediante el diálogo y el encuentro con las demás iglesias.

INTRODUCCIÓN

Asumió la defensa de la dignidad de la persona, de los derechos humanos y el impulso de la justicia social como tareas fundamentales de la Iglesia. Condenó enérgicamente la guerra y la carrera armamentista a la vez que promovió la mediación como única vía para la solución de los conflictos.

Durante los 26 años y cuatro meses en los que fue cabeza de la Iglesia Católica, Juan Pablo II presenció el inicio de la guerra entre Irak e Irán; la guerra de Las Malvinas; el asesinato de Indira Gandhi; el nacimiento del primer bebé de probeta; la catástrofe nuclear de Chernobyl; la creación de la píldora “del día siguiente”; la represión y matanza de la Plaza de Tian’anmen; así como la caída del muro de Berlín y la reunificación alemana.

También la liberación de Nelson Mandela y la abolición de las leyes Apartheid en Sudáfrica; la Guerra del Golfo; la creación de la Unión Europea; el nacimiento de Dolly, la primera oveja por clonación; la muerte de la Madre Teresa de Calcuta; los ataques terroristas al World Trade Center; la guerra de Afganistán y la invasión de Irak, entre otros muchos acontecimientos.

De la misma forma, tuvo que enfrentar los retos de la sociedad moderna: el narcotráfico, el VIH-Sida, el terrorismo, el aborto, el divorcio, el hambre, la manipulación genética, el consumismo, los abusos del capitalismo y el individualismo.

Por ello, seguir sus pasos es revisar la historia. Es verla por medio de los ojos de un hombre que irradiaba luz. Es analizarla desde la perspectiva de Dios, ya que él era “la imagen de Dios a través de un hombre”.

